

M U S I C A

Tres conciertos

Por Raúl COSÍO

El primero, en la Catedral de Puebla. Se presentaba el celebrado virtuoso de la flauta (Jean-Pierre Rampal) con su nuevo conjunto: oboe, violín y clavecín.

Asistí a este evento magnífico invitado por Jorge Saldaña, la nueva estrella de la televisión mexicana, quien, de riguroso *smoking* o traje negro, posaba en el atrio de la iglesia, haciendo entrevistas al por mayor: Conchita Alsina, S. H., un dinámico joven poblano y alguno más, y en el intermedio, luciendo su francés de siete años en Saint Germain-des-Prés, a los músicos, a los que atosigó sobre las mutuas influencias del jazz y el barroco.

Resumiendo las impresiones del concierto, no puedo menos que citar la atinada, certera, sagaz observación de Héctor Azar, personaje muy versado en arquitectura religiosa y otros menesteres, quien explicó que las iglesias estaban construidas para los alientos, mientras su acústica no favorecía, y he ahí la demostración, a las cuerdas y a los clavicimbales; y en efecto. En un principio había pensado que el lugar donde me encontraba no era el mejor, desde luego, pues había cierto desequilibrio entre los volúmenes sonoros de los que se encontraban sobre el estrado: mientras el elegante Veyron-Lacroix disimuladamente hacía grandes esfuerzos apretando las teclas del clavecín y Gendre (el heroico intérprete de nuestro Julián Carrillo) extendía su arco al máximo, poco se les oía, mientras a los alientos citados se les percibía con una claridad meridiana o nocturna-otoñal-jalapeña, como es bien sabido.

Aparte de estas irregularidades arquitectónicas, me pareció que clavecinista y

flautista se entendían mucho mejor que con los demás, posiblemente por la costumbre de tocar durante más años. En fin, los cuatro músicos estupendos, con un bello programa; pero lo que más me impresionó fue la maestría a la que ha llegado M. Rampal, quien si ya tocaba muy bien, ahora lo hace de un modo soberbio. Da gusto oír a un músico así: cada nota, cada frase, tiene intención e importancia: todo lo que puso el compositor quiere decir algo y es interesante, nada sobra ni rellena. Y en Bach y Vivaldi, una maravilla.

Una velada sensacional.



Raoul Dufy: La ópera



Raoul Dufy: El concierto

Mucha gente me ha reprochado no haber asistido al concierto en Bellas Artes de la Orquesta de Filadelfia cuando la dirigió Ormandy, pero al respecto les contaré una de las anécdotas favoritas de Gutiérrez Heras:

Había una vez un joven melómano, devoto de las grabaciones, de escasos recursos y admirador de las orquestas extranjeras. El joven de marras acudía a todos los conciertos de esta capital, y siempre se quejaba del bajo nivel que alcanzaban las interpretaciones de nuestros aborígenes: presentaba graves síntomas de eso que se ha llamado malinchismo: veneraba a los músicos alemanes y de pérdida a los ingleses y a otros también, y su sueño dorado era presenciar un concierto de una orquesta de renombre, proyecto acariciado durante largos años.

Con una voluntad férrea, logró reunir algunos ahorrillos, y a la primera oportunidad, embarcó en una de esas expediciones al Viejo Continente, con la esperanza de cumplir su vano deseo. Pero la gira turística seguía un implacable itinerario de dos días en un lugar y medio en otro; surcaba el Mediterráneo y visitaba los museos, pero tan grande era su mala suerte que no acertaba a coincidir su estancia con ningún concierto, pues siempre había que partir de las grandes urbes en la víspera de un gran acontecimiento. Y así llegó a Israel, en cuya capital pudo, por fin, escapar una noche y, después de muchos trabajos, consiguió una entrada al concierto de la orquesta de Tel Aviv. Corriendo y acezando penetró en la sala, preocupado con la idea de perder algunos compases; y en su apresuramiento, ni siquiera se fijó en el programa. Localizó su butaca, las luces se apagaron, contempló con deleite la orquesta y, cuál no sería su sorpresa, que vio entrar a Carlos Chávez, quien se dirigió al podio y comenzó a dirigir su *Sinfonía india*, mientras nuestro aficionado se consumía en el terror y no daba crédito a sus sentidos. Y era verdad: ese día Chávez actuaba como huésped y dirigía un programa con obras suyas.

Recordé esta chusca historia porque, después de tantos años de esperar asistir a un concierto de la Orquesta de Filadelfia, una de las mejores del planeta, había que apechugar, como en la narración anterior, con la *Sinfonía india* y con la *Quinta* de Shostakovich —respuesta de un artista soviético a una crítica justa—, obras que cada temporada nos hartamos de oír con nuestra orquesta.

Esta es la disculpa.

Pero en desquite fui al concierto que dirigió Skrowaczewski, el notable director polaco, aunque el programa era un tanto cuanto abigarrado. *El corsario*, de Berlioz; algo de la *Medea* de Barber; *Sensemayá*, de Revueltas, y la *Eroica*.

Skrowaczewski es un director minucioso y exacto, con una técnica formidable de batuta, aunque demasiado analítico para mi gusto: se le escapa el plan general de la obra, por momentos. A Revueltas lo sitúa, al parecer, en el Caribe (para los europeos, México está en América Central) y no comprende su grandeza trágica, pero lo dijo con gran limpieza.

En cuanto a la orquesta, es magnífica, qué duda cabe, pero me desagrada que el feliz truco de afinar la cuerda unas comitas por arriba, para hacerla más bri-



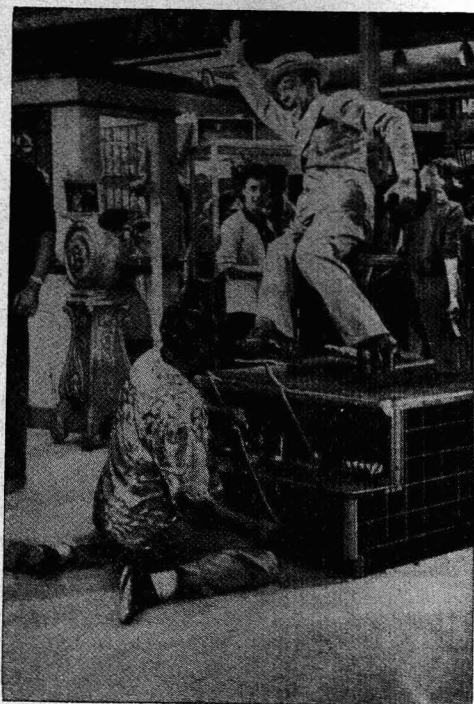
Raoul Dufy: Orquesta

llante, no le vaya a algunas obras austeras, como la sinfonía de Beethoven, que debe tocarse, creo, con la afinación baja, a la alemana.

El otro concierto fue el primero del Festival de Música Contemporánea.

Se presentaron tres obras buenas de otros tantos jóvenes: Gutiérrez Heras, Mata y Enríquez. Por cierto que la primera no debió abrir el programa, pues aunque se trata de un dúo (flauta grave y cello), es una obra que requiere concentración por parte del oyente, mayor de la que tiene al principiar el concierto.

Roberto Bañuelas volvió a presentarse como compositor con algunas canciones, de cierto mérito, y para echar a perder todo lo conseguido, terminó el programa con una obra de Rodolfo Halffter, plagada de necedades. El motivo de la *Quinta* fue desarrollado por Beethoven genialmente, pero en manos de este señor se convierte en una serie de insistentes chocheos.



Fred Astaire dirigido por Minnelli

EL CINE

Notas sobre la comedia musical

Por Carlos MONSIVÁIS

Nada se pierde. Todo se transforma. (El cliché inicial lo establece de una vez por todas: ésta es una nota sobre cine). Nunca, ningún género cinematográfico, especialmente si es de Hollywood, desaparece del todo. A lo sumo se disfraza con apurada solemnidad. Los críticos que, con honda pena, asumen los atavíos del sepulturero, fracasan siempre en su actitud ominosa. ¿Cuántos entierros prematuros no ha habido en estos años? El *western* fue dado por muerto gracias a su ilícita relación con Freud y a su complicidad con la parodia, pero la televisión y los *westerns* nacionales en todo el mundo y el éxito del Cinerama terminaron por rehabilitarlo, al menos comercialmente. El *thriller* (tradúzcase: mezcla de un vigoroso sentido de la acción física con un culto por el antihéroe, un erotismo decidido y un sube-baja sadomasoquista) resurgió con violencia debido a James Bond, el espionaje, el contraespionaje, el contra-contraespionaje y la imposibilidad de creer en los secretos militares que no le interesan a nadie. El cine ingenuo, a lo Andy Hardy y el beso casto en la puerta de la casa de la novia, se transforma en el cine ingenuo enajenado, de largos paseos neuróticos y close-ups eternos que significan el repudio ante la sociedad industrial. La neurosis y la enajenación se vuelven las nuevas formas del candor cinematográfico.

Ante la falta de respeto mostrada hacia los viejos maestros (Drácula, Frankenstein, el Hombre Lobo, la Momia), incorporados a los juegos infantiles en el mismo nivel de Goofy o Donald, el cine de horror ha sabido surtir de nuevas criaturas. Al derivar hacia la vejez como la forma definitivamente contemporánea del horror, el género ha encontrado el pavor verdadero en el rostro maquillado de las antiguas estrellas. No hay nada

más monstruoso que el envejecimiento de una diva, no hay nada más monstruoso que el envejecimiento a secas. Gloria



Busby Berkeley y sus chicas

Swanson en *Sunset Boulevard* inauguró la segunda etapa del "horror film" que *Whatever happened to Baby Jane?* llevó a la culminación. Bette Davis, Joan Crawford, Tallulah Bankhead, Olivia de Havilland, Paulette Godard son las nuevas y escalofrantes versiones del Gótico Cinematográfico.

Tampoco han desaparecido las películas donde Hé-cules, Ursus y Maciste reciben a hurtadillas el curso de tensión dinámica de Charles Atlas. Ni ha dejado de cernirse sobre nuestras cabezas el enemigo mortal de Occidente que ha sido, en el Decurso del Tiempo, chino, nazi, japonés y ruso, y que ahora combina lo chino con lo norvietnamita. Ni se ha ido el melodrama donde la madre llora las ingratitudes del hijo-oveja negra. A lo más, el melodrama se ha modernizado: el hijo ya no le roba a la madre los ahorros de toda la vida para gastárselos con la mujer mala, sino para pagarle al analista que lo habrá de liberar de su complejo de Edipo.

El cine biográfico sigue de moda y ya nadie duda que la única prueba concebible y deseable de inmortalidad es una película de Hollywood *in memoriam*. El cine de gansters se modifica levemente y aquellos hampones que en *El Pequeño César* o en *Los Sobornados* corrompían a los políticos han desaparecido: ahora nadie puede notar la diferencia entre un político y un ganster (*Manos sobre la Ciudad*). La comedia marital sigue imperturbable y, así sea en la forma peyorativa de Frankie Avalon y Annette Funicello o bajo la sagrada convención de Doris Day y Rock Hudson, la pareja feliz sigue reinando sobre refrigeradores y fines de semana. En cuanto al género que describe la pureza de la infancia, la belleza de la miseria, el agradable estruendo de los barrios bajos napolitanos, la gritería que precede la aparición de Sofia Loren y la proflidad sexual, no hay problema: seguirá mientras vivan Vittorio de Sica y Cesare Zavattini. Por último, la *science-fiction* ha pasado de los monstruos de ojos saltones y los Daniel Boone en Marte a una primera etapa de madurez: directores como Joseph Losey y François Truffaut ya la practican. (*The Damned*, *Fahrenheit 451*).